

A woman is shown from the waist down, wearing a white long-sleeved shirt tucked into a dark, pleated skirt. She is holding a large, brown, textured suitcase with both hands. The suitcase has the text "Un amor entre Costuras" written on it in a gold, cursive font. She is also wearing a colorful beaded bracelet on her left wrist and a ring on her left hand. Her feet are wearing light-colored, high-heeled shoes. The background is a plain, light-colored wall.

*Un amor
entre
Costuras*

Ariadna Baker

Primera edición.

Un amor entre costuras.

©Ariadna Baker.

©Octubre, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1

El sonido de la baraja de la vieja corsetería y tienda de lencería me supo a gloria. Qué nostalgia sentí en aquellos instantes, cuántas emociones acumuladas...

Viví en aquel pequeño pueblo de Guadalajara con mis padres hasta los doce años, momento en el que la más cruel de las enfermedades llamó a nuestra puerta y, sin siquiera pedir permiso, se llevó a mi querida madre en menos de seis meses.

Huelga decir que aquella fue la etapa más complicada de mi vida, en la que vi partir a la mujer que no solo me dio a luz, sino que siguió siendo mi sostén y mi faro hasta el mismo día de su partida.

Lo de sostén viene bastante al caso en una corsetería. Mi madre siempre decía que, en los comercios tradicionales, era donde nacía el alma de los pueblos. Y yo creo que razón no le faltaba. Aquel comercio había permanecido abierto durante décadas, ya que mi madre lo heredó de la suya; mi abuelita Carmina.

Recuerdo que, con el auge de los grandes negocios online, mi madre pensó que se estaba perdiendo la esencia de un negocio como el suyo, y que aquellas prendas, procedentes en su mayoría de China que según sus palabras "se deshilachaban solo con mirarlas", nada tenían que ver con la calidad del género que ella vendía; "*made in Spain*", cien por cien.

Es más, al margen de los productos que ella comercializaba, con cierta periodicidad aceptaba el encargo de algunas novias del pueblo que dejaban en sus manos la confección de un delicado conjunto de ropa interior para el día más importante de su vida; el de su boda.

Tales encargos fueron aceptados por mi madre con toda la ilusión del mundo y era entonces cuando ponía en marcha la vieja máquina de coser, igualmente herencia familiar, que ella trataba como si de un auténtico tesoro se tratara.

Allí, cose que cose al pedal, obró maravillas en forma de piezas únicas de artesanía que entregó en bolsas igualmente confeccionadas a mano a cada una de aquellas novias.

—Yo quiero un conjunto como el de Mari Puri —le decían luego las clientas casaderas.

—Ya sabéis que no puedo aceptar esos encargos con demasiada asiduidad, si me dedico a coser, no puedo atender el negocio. ¿Quién despachará entonces?

—Yo, mami, puedo hacerlo, déjame porfita... —Esa era mi implorante respuesta cuando la escuchaba hablar así.

—Alba, tú eres muy pequeñita y tienes que estudiar, hija mía, ¿no lo entiendes?

—Mami, pero si soy la niña más lista de la clase, la profesora del colegio te lo dice siempre. Déjame, déjame...

Era tan pequeña que no llegaba ni al mostrador, pero me las apañaba para subirme a un banquito y atender a la clientela.

—María, pero si la niña sabe dónde está cada cosa mejor tú, a esta le vas a tener que hacer un monumento —le decían las clientas a mi madre, que me miraba con orgullo.

Prendas de algodón, lycra, lisas, con encaje, sin ellos... Por no hablar de aquellos preciosos corsés con sus cintas en la espalda que mi madre colocaba cuidadosamente en los maniqués, acariciando cada una de sus tiras bordadas con la yema de sus dedos.

Ese día comprobé que, si cerraba los ojos lo suficientemente fuerte, podía verla yendo de acá para allá; pasando el plumero a cada una de las estanterías para que estuvieran impolutas, ordenando las cajas con braguitas y sostenes por materiales y colores y, sobre todo, exhibiendo aquella preciosa sonrisa que ni la enfermedad fue capaz de borrar de su bellissimo rostro.

Mi madre había nacido en aquel pueblo, de apenas diez mil habitantes, en el que desde pequeña fue tremenda-

mente popular, entre otras razones, por su aludida belleza.

Mi abuela Carmina siempre decía que no era porque se tratase de su hija, pero que no había otra moza más guapa que hubiera pisado sus calles. Y los chicos debían pensar lo mismo, porque pretendientes no le faltaron a mi madre por doquier.

De entre todos ellos, eligió a mi padre, Jerónimo, un hombre bueno donde los hubiera que dedicó su vida a ponerla en un pedestal y a hacer de su existencia un paseo por las nubes...

Cuando mi madre murió, mi padre no pudo resistir el dolor de permanecer en la casa familiar y en el pueblo en el que su mujer se había criado, en el que se casaron y en el que nació yo, su única hija.

Bueno, en realidad su única hija viva, porque mi padre nunca ocultó su deseo de que le naciera un varón con el que poder ir al fútbol y hablar de cosas de hombres. Y la cigüeña, que debía tener muy buen oído, les encargó uno.

Sin embargo, un avatar del destino quiso que mi hermano menor, que hubiera nacido un par de años después que yo, no llegara vivo a este mundo. Un avatar o la cogerza que se agarró aquel día un ginecólogo a quien mi padre acabó cogiendo por el pescuezo al ver el desaguisado, pues resultó que el hombre no llegó a tiempo a la sala de partos del pequeño consultorio local y mi hermanito se asfixió antes de poder salir al mundo.

Después de aquello, mis padres intentaron por activa y por pasiva tener otro hijo, pero la naturaleza no les hizo ese favor.

No obstante, yo, que conocía la ilusión de mi padre por compartir aficiones con un hijo, hice todo lo posible por cubrir ese hueco. Y, de hecho, no es que me costara ningún trabajo, pues me salía solo.

Todavía no levantaba un palmo del suelo cuando mi padre me hizo socia del Atlético de Madrid, en una gloriosa jornada en la que me fotografió dándole un beso al ansiado carnet del club que había conquistado mi corazón.

A menudo, él me llevaba los fines de semana a Madrid a ver un partido del equipo colchonero en nuestro amado Vicente Calderón, mientras mi madre se quedaba en casa, organizando el negocio y las tareas domésticas para la siguiente semana.

Luego el domingo ya lo dedicábamos a estar en familia los tres y, siempre que el tiempo lo permitía, lo pasábamos al aire libre, disfrutando de un opíparo picnic que mis padres preparaban juntos antes de salir.

Tales recuerdos fueron los que impidieron que él pudiera quedarse en el pueblo y, tras el entierro, me dio la noticia de que la empresa de autobuses para la que trabajaba como chófer lo necesitaba en la capital.

“¿Lo necesitaba?”, bien sabía Dios que eso no era así, sino que más bien fue él quien necesitó que pusiéramos tierra de por medio para poder rehacer su vida.

No voy a negar que me costó Dios y ayuda hacerme a la vida de Madrid, una ciudad que en principio se me antojaba destartalada y en la que echaba una barbaridad de menos a mis mejores amigos, Rosalía y Dani, con los que me pasaba el día jugando.

Con el tiempo me fui haciendo a mi nueva vida, convirtiéndome en una “señoritinga de capital” como me comentaban ellos cuando algunos fines de semana tenía la dicha de que mi padre me dejara pasarlos en casa de la abuela Carmina, aunque eso no se prolongó durante demasiado tiempo...

El día que mi abuelita me comentó que se trasladaba a Zaragoza una buena temporada porque mi tío Gerardo, el hermano de mi madre, la necesitaba, se me cayeron los palos del sombrero.

Sí, y razones no me faltaban, pues mi tío, aunque muy bueno y muy santo, era más inútil que una agenda del 2020 y ya sabía yo que cuando enganchara a mi abuela para llevársela del pueblo, no la soltaría tan fácilmente.

—Cariño, en cuanto yo veo que tu tío se las apaña solo, te prometo que volveré y podrás quedarte conmigo siempre que quieras.

—Abuela, pero si el tío no sabe hacer ni la “o” con un canuto, como tú dices —me quejé.

—Hija mía, qué salidas tienes, cómo me recuerdas a tu madre. Tú no te preocupes, que la abuela te promete que todo se va a solucionar.

Y sí, todo tiene solución menos la muerte, pero mi abuela había tardado más de una década en volver al pueblo. Eso sí, una vez que ella lo hizo, a mí se me encendió la bombillita y, dado que mi padre por fin había rehecho su vida con una buena mujer llamada Encarna, yo pensé que ningún lugar mejor que mi pueblo para empezar desde cero.

Empezar desde cero, qué bien sonaba y cuántas ganas tenía, concluí mientras me daba una vuelta por el abandonado local en el que un día me sentí tan feliz... Algunas de las cajas permanecían aún intactas en las estanterías, solo que con un dedo del blanquecino polvo por encima.

—¿No me digas que vas a abrir la corsetería de tu madre? —me preguntó una vecina que pasaba por allí.

—Al menos eso pretendo, espero tenerla en marcha en breve.

—Hija mía, no sabes la alegría que me das, voy a ir corriendo la voz entre las vecinas, que aquí no hemos vuelto a tener una ropa interior en condiciones si no es dándonos un buen paseo hasta la capital.

—Pues eso se ha acabado, dígales a todas que en nada van a disfrutar de género de calidad a buenos precios.

—Y con atención personalizada, hija, que ahí está la clave, que una va a las grandes superficies y la tratan como si fuera un número, nos falta que nos pongan la etiqueta en la oreja, como a las vacas...

Le dirigí una sonrisa a la señora, que yo conocía de vista, y miré el escaparate. Por unos segundos pude imaginarlo ya decorado y me sentí en paz. En paz, por fin...

—¿En qué piensas, Alba? —La voz de mi abuela me llegó alta y clara desde la puerta y caí en la cuenta de que había cerrado los ojos.

—Pienso en que este va a ser el negocio más bonito de todo el pueblo, abuelita.

—Y el más próspero también, no te quepa duda. ¿Sabes? Tu madre no podría sentirse más orgullosa si te viera aquí, al pie del cañón, levantando de nuevo el negocio que con tanto esfuerzo ella defendió.

—La echo mucho de menos abuelita, y a ti también te he echado, que ya sabía yo que el tío no te dejaría volver, así como así.

—Sí, hija, anda que no me ha costado nada meterlo en cintura, pero lo que nunca pensé es que mi vuelta al pueblo fuera a ser tan alegre.

—Abuelita, yo en el fondo siempre sospeché que no me quedaría en Madrid, moría por volver aquí.

Lo que no podía sospechar mi abuela es que aquel “moría” era casi literal, porque mis últimos meses en la capital podrían calificarse prácticamente de agónicos.

—Cariño, tú y yo lo vamos a pasar muy bien, yo no sé por qué tus ojos esconden tanta tristeza, pero estoy deseando cuidarte.

—Por nada, solo ha sido una mala rachita. Debo ser yo, que igual me he vuelto un poco susceptible.

—¿Susceptible tú, hija? Déjame que lo dude, más bien pienso que la vida te ha vapuleado, pero ya sabes que las mujeres de esta familia no nos rendimos tan fácilmente.

—Lo sé, abuelita, lo sé...

—Pues no se diga más, ¿por dónde hay que empezar a limpiar?

—¿Qué dices? Esta es labor mía, no voy a consentir que pongas un pie en la corsetería para hartarte de currar, que bastante lo has hecho ya en la vida.

—Mi niña, esto no es trabajo, esto para mí es una bendición.

—¿Quién ha hablado de trabajo? —La voz que me llegó no podía ser otra que la de Dani y los saltos de alegría que di en ese momento llegaron al techo.

—¿Eres Dani, mi Dani? —Corrí hacia él y me tiré en sus brazos.

—Más bien es mi Dani. —Aquella voz tan femenina como áspera ya me llegó menos al corazón.

—Lo siento, soy Alba, amiga de la niñez de Dani. Hacía muchos años que no lo veía y me ha emocionado escuchar su voz.

—Y yo soy Águeda, su novia, ahora tenemos que irnos.

—Ve tirando tú, Águeda, que quiero saludar a Alba como es debido —le dijo él sin darle demasiada opción a réplica.

—Está bien, pero no tardes, que primero es la obligación y después la devoción.

Águeda salió andando y Dani me comentó que era profesora del único colegio del pueblo, como él. Yo había permanecido en contacto con él y con Rosalía en los últimos años a través de las redes sociales, por lo que sabía de sus profesiones.

Rosalía era *copy* y trabajaba para una importante editorial desde casa. Siempre me hablaba de las ventajas de levantarse y ponerse directamente a escribir, sin tener que pasar por el mal trago de los embotellamientos de Madrid, de los que yo había quedado hasta la coronilla.

En los últimos años había trabajado como interina en una biblioteca, pues intenté sacarme la plaza de bibliotecaria, pero a pesar de que aprobé, me quedé en puertas. Sin plaza en propiedad, asumí varias suplencias que se prolongaron más de lo inicialmente previsto a lo largo de los años, hasta que hacía unos meses me quedé en paro.

Fue verme sin empleo y volver la abuela al pueblo, así que, habida cuenta de que yo en ese momento vagaba en lo personal como un alma en pena, no dudé en hacer las maletas, ahora que veía a mi padre feliz al lado de su compañera de vida.

Él mismo me apoyó hasta la saciedad para que abriera el que antaño fue el negocio familiar, pues sabía que la abuela Carmina, su fundadora, no dudaría en echarme un cable para que prosperara.

—Un cambio de aires te vendrá fenomenal hija —me dijo.

—Sí, papá, yo creo que va a ser lo mejor...

—Sí, porque en los últimos meses no sé en qué pozo te has metido, Alba, ni cómo ayudarte a salir de él. Bueno, parte ya nos los has confesado...

—Papá, tú ahora no tienes que preocuparte de nada, salvo de disfrutar de la vida con Encarna, que los dos os lo merecéis.

—Al menos déjame que te ayude en lo económico...

—Tengo unos ahorros y además voy a pedir un crédito de esos que les dan a los emprendedores, con un interés muy bajo, no te preocupes, papi.

—Más bajo va a ser el que yo te dé, que será a fondo perdido, no quiero que le debas nada a los bancos, que son todos unos usureros.

—Y yo no quiero que te deshagas de tus ahorros por mí, papá.

—Pues la mitad y no se diga más, mañana mismo te lo transfiero.

Mi padre era un encanto y yo no podía sentirme más satisfecha con la vida que me había proporcionado. Hacia él solo podía sentir agradecimiento, tanto por mí, como por lo mucho que había cuidado a mi madre hasta su último aliento.

A mis veintiséis años, yo siempre había vivido con él pues, aunque pasaron hombres por mi vida, todavía no había llegado el que hiciera de ella un campo de rosas, sino más bien de espinas...

Capítulo 2

Esa tarde había quedado con Rosalía en su casa. Ella se había independizado, comprando una casita que yo ya sabía que había decorado tipo vintage, por lo que me contaba por teléfono en los últimos días, cuando le dije que me trasladaba a vivir al pueblo.

—Pues yo mi casa la he puesto que es una monada...

—¿Sí? Pues ya estoy deseando verla y tomarnos allí nuestros buenos cafés, mientras despellejamos a los hombres.

Los emoticonos que solía poner cuando yo hacía esos comentarios me sonaron a evasiva, hasta que ella se abrió en canal.

—Por mí los criticamos todo lo que te dé la gana, que a mí me encanta darle a la lengua, pero que sepas que yo estoy en la otra acera y los tíos me la traen un poco al paio.

Hacía mucho que no nos veíamos y era lógico que en algunos aspectos no nos conociéramos para nada. Ya poco quedaba en nosotros de aquellos tres niños que se pelaban las rodillas día sí y día también.

—Ah, vale, no sabía...

—No, tú no lo sabías, la que lo sabía era yo, que de renacuaja estaba enamorada de ti —me confesó y me dejó patidifusa.

—¿Lo dices en serio? Pero si era Dani el que echaba a correr siempre conmigo de la mano.

—Claro, porque a él también le molabas, menudo pique interno.

—¿Qué dices? Pues anda que no lo disimulabais bien, yo nunca me cosqué de nada.

—Porque siempre has sido una inocentona, ¿no te acuerdas del enganche aquel que tuvimos él y yo un día?

—Como para no acordarme, que le propinaste una patada en los cataplínes que yo pensé que lo habías dejado estéril de por vida.

—Por listo cobró, por eso y porque te tenía acaparada...

Primera noticia que tenía de que mis amigos estaban por mí de pequeñajos, vivir para ver...

Almorcé con mi abuela en su casa o, mejor dicho, en nuestra casa, porque la idea inicial y hasta nueva orden era vivir con ella y disfrutar de su compañía una buena temporada, hasta que yo tuviera una soltura económica que me permitiera libertad de movimientos.

—Cariño, ya te he preparado tu dormitorio, espero que esté todo a tu gusto, le he dado unas sacudidas al colchón que lo he puesto patas arriba.

—Pero abuelita, no quiero que trabajes más de la cuenta por mí, eso lo podría haber hecho yo perfectamente.

—Eso no es trabajar ni es nada, hija de mi vida, qué tontería, anda que no estoy yo contenta de que estés viviendo conmigo.

—Será solo hasta que me pueda valer por mí misma, después no quiero seguir dándote lata.

—Repíte eso y te doy con el cazo del cocido, abrase visto, ¿desde cuándo me molestas tú a mí, reina?

—Es verdad abuelita, perdona, es solo que yo soy demasiado...

—Prudente como tu madre, anda Albita, calla y come.

El otoño comenzaba a dar lo mejor de sí, lo constaté tan pronto miré por la ventana y vi caer las hojas de los árboles, acompañadas de aquellas tonalidades tan variopintas que hacían del cielo un auténtico espectáculo de color.

La cocina de mi abuela era una de esas antiguas de pueblo, que rezumaba encanto por doquier. Verla encender la chimenea con idea de calentarnos a la luz de la lumbre mientras nos hacíamos confidencias constituía para mí una de las sensaciones más reconfortantes que pudiera imaginar.

—¿Nos sirvo una copichuela de Baileys, abuelita? —le pregunté mientras seguía mirando el paisaje embelesada.

—Ya estás tardando, hija mía, ¿te acuerdas de lo mucho que le gustaba a tu madre?

—Cómo no voy a acordarme, ella era la más golosa del globo y el dulcecito de ese licor le podía.

—Sí, tú siempre has sido más de salados, te he comprado unos arenques, por cierto.

—Abuelita, no tenías por qué...

—¿Cómo? Oye en esta cocina ya sabes que no falta nunca ni gloria bendita y si yo he querido darte ese capricho, te lo doy y punto en boca.

Cualquiera la contradecía, la señora Carmina era mucha señora.

—Ok, ok, ya me callo.

—Y otra cosa, hija, qué pasó con aquel novio tuyo, con Sergio. Me mandabas unas fotos preciosas de los dos hasta que un día parece que se lo tragó la tierra, no entendí nada.

—Pues nada, abuelita, que yo estoy gafada para el amor, qué va a pasar.

—¿Qué dices? Huy, huy, no me digas que así estamos.

Traté de evitarlo, pero la melancolía hizo acto de presencia en mis ojos. Si no me hubiera enamorado de Luis y medido la pata hasta el cuadrejón, probablemente nunca hubiese llegado a esa situación, aunque ya era tarde y la vida no da la oportunidad de retroceder, así como así.

Salí por la vía de Tarifa y le comencé a preguntar a mi abuela por diversos aspectos del negocio relacionados con el pasado.

—¿Sabes que un año, cuando tu madre era muy jovencita y comenzaba a ayudarme, nos dieron un premio al negocio más bonito de la comarca? —me preguntó con ojos emocionados.

—Sí, abuelita, creo que mamá me lo contó cuando era pequeña, ella siempre estuvo muy orgullosa de ti y lo sabes.

—Pues anda que yo de ella... Y ahora estoy segura de que lo voy a estar de ti también.

—Bueno, bueno, eso está por ver todavía, que los andares se demuestran andando.

—Pues ya sabes, a ponerte las pilas, como decís los jóvenes ahora y a demostrar que eres una digna sucesora de tu madre. Voy a buscar las fotos de cuando nos premiaron, te van a encantar.

Al más puro estilo del “Cuéntame cómo pasó” mi abuela me mostró unas antiguas fotografías en las que se veía un precioso negocio que ella regentaba con ese garbo y sale-ro tan propio de esa mujer.

—Abuela, qué antiguas y qué bonitas —le dije.

—Niña, pues claro que son antiguas, pero que dicho así parece que ayudé yo a construir las pirámides de Egipto — me regañó.

—¿Qué dices, abuelita? Pero si tú tienes un cutis que ya firmaba yo por lucirlo a tu edad, pareces una niña.

—Sí, sí, una niña dice, qué más quisiera yo, que antes tenía unas piernas como las de Carmen Sevilla y ahora me veo unos nudos en ellas que no me gustan nada.

—¿Unos nudos, abuelita? ¡Qué cosas dices! Si tienes las piernas de una chavala de quince años, bien que le gustarían al abuelo.

—Sí, cariño, tu abuelo que en paz descansa siempre decía que lo primero que le llamó la atención de mí fueron mis piernas, eso es verdad.

Mi abuela no había tenido una vida precisamente fácil, pues a la prematura muerte de mi madre, había de sumarle la de mi abuelo que ocurrió cuando sus hijos eran muy pequeños. A partir de ese momento, ella en exclusividad fue la encargada de sacarlos adelante y lo hizo con el sudor de su frente.

Aderezamos las copas de balón de Baileys, que al final un chupito nos pareció que era poca cosa, con unas buenas risas.

—¿Te acuerdas de las Navidades aquellas que te pillaste una melopea como un castillo con una copa como esta, Alba?